

Caminos, puentes tendidos, guías hacia un cristianismo más creíble

EMMA MARTÍNEZ OCAÑA*

INTRODUCCIÓN

No es fácil responder al interrogante que la revista *Sinite* nos propone en este número acerca de la credibilidad cristiana.

Comienzo con una afirmación de la que estoy profundamente convencida: «Haremos a Dios creíble cuando hagamos al ser humano posible».

Por «hacer al ser humano posible», entiendo hacer verdad que todas las personas, mujeres y hombres, del Norte, del Sur, del Este y del Oeste, blancas, negras, amarillas... puedan vivir como seres humanos cabales, con sus necesidades fundamentales cubiertas. Este es el desafío nuclear de la humanidad para el siglo XXI y de un modo especial de quienes nos decimos creyentes en el Dios amor revelado en Jesús.

Decir algo sobre la credibilidad cristiana requiere contextualizar la pregunta y las respuestas. En un mundo globalizado no podemos mirar solo a nuestra cultura occidental que disfruta de los beneficios del Neoliberalismo imperante, sino que es necesario mirar con honradez y fidelidad a los países, continentes enteros, sobre los que hemos construido nuestro bienestar, aquellos que padecen las consecuencias de la «libertad» neoliberal. Junto a

* Profesora del Instituto San Pío X, Madrid.

la necesidad de encontrar sentido a la vida, amenazada por una concepción posmoderna vacía de grandes utopías, junto a la crisis del sujeto, la crisis religiosa, la inseguridad ciudadana, el paro en Occidente etc., es imprescindible mirar el creciente abismo entre países pobres y ricos, las migraciones masivas que eso provoca, la desesperación, la espiral de violencia que desencadena, el reverdecer de los fanatismos y xenofobias, la persistencia de la feminización de la pobreza, la explotación de niñas y niños...

Mientras no luchemos tod@s, prioritariamente, por salvar la vida amenazada de millones de seres humanos por la injusta distribución de los bienes, no haremos creíble a Dios y será imposible la paz en nuestro mundo. Mientras **la vida**, toda vida, por insignificante que parezca, no sea el centro de nuestras preocupaciones, ocupaciones y decisiones, difícilmente, como civilización del siglo XXI, estamos dando la talla de humanidad que se podría esperar de nosotr@s y consecuentemente la verdad y coherencia de nuestra fe cristiana está en entredicho.

Hablar de credibilidad, también hace referencia a expresar la fe en un talante que sea significativo para nuestro mundo, que tienda puentes entre la experiencia cristiana y lo mejor de la sensibilidad actual; porque no todo es negatividad en nuestro hoy, también quizá como nunca amanece la esperanza de una nueva civilización. Nunca los movimientos ciudadanos se han levantado, por el mundo entero, para gritar que «otro mundo es posible» y debemos y podemos hacerlo verdad.

Hacer creíble la fe cristiana sería, en mi opinión, caminar al «aire de Jesús» por ese *hacer nuevos caminos y puentes* que lo mejor de nuestra humanidad va abriendo. Voy a detenerme para contemplar con ojos abiertos cómo y dónde el Espíritu de Dios hoy, sopla alentando vida en medio de nuestro mundo. Como aliento de vida que es, sopla «donde quiere y como quiere» sin que lo podamos enclaustrar dentro de nuestras iglesias, sopla «desde los cuatro vientos» como sugiere el profeta Ezequiel (Ez 37, 9) abriendo caminos, tendiendo puentes hacia un mundo distinto.

¿Cómo haremos más creíble nuestra fe cristiana?

Difícil pregunta. He aquí algunas modestas respuestas:

- *Encaminando nuestros pasos* en la dirección de estos caminos y puentes que hoy nos ofrece lo mejor de nuestro mundo.
- *Llenando de contenido real*, en nuestra vida cotidiana, *las imágenes* que simbólicamente sugerimos a continuación.
- Vivido todo ello al «aire de Jesús» es decir al estilo del Nazareno que los creyentes reconocemos como «Camino» (para ser caminado), Verdad (para ser verificada) y «Vida» (para vivir de ella y compartirla).

I. EL CAMINO DE LA VIDA. PARTER@S, VIGÍAS, GLOBALIZADOR@S DE LA SOLIDARIDAD

La vida es el centro de la espiritualidad humana y cristiana. Juan pone en boca de Jesús como expresión del sentido de su vida: «Yo he venido para que **todos tengan vida y vida abundante**» (Jn 10,10).

Quizá hoy, más que nunca, necesitamos una vivencia cristiana que **dé vida** a este mundo nuestro, donde la muerte (humana y del ecosistema) deja tantas huellas de dolor y desenmascara un sistema económico-político-social radicalmente injusto y expoliador.

Ayudar a nacer vida, protegerla, defenderla de las múltiples amenazas, luchar por la «calidad de vida», de tod@s y de todo, es hoy la urgencia prioritaria.

Es verdad que se van percibiendo síntomas del aliento de vida de la «Ruah» de Dios que por todas partes va «poniendo en pie»¹ (Ez 37,10) a miles de

¹ Hago alusión al comentario que sobre el texto de Ezequiel 37 he hecho en Martínez Ocaña, E. «Vivir el espíritu de Jesús hoy» I y II en *Vida Nueva*, separatas de los núms. 2.173 (13 de febrero de 1999) y 2.174 (29 de febrero de 1999).

ciudadan@s que hacen de este reto el centro de sus vidas, tendiendo puentes y mostrando el surgir de nuevos modelos de identidad.

Nos vamos encontrando con mujeres y hombres **«Parter@s de la vida»** que hacen de sus manos un lugar para ayudar a generar vida allá donde amanece, quizá en los lugares más inesperados; que saben esperar el lento dilatarse del útero de nuestro mundo donde está amaneciendo vida nueva. Parter@s que como Sifrá y Púa (Ex.1,15-23) supieron decir sí a la vida y no a la muerte.

Sifrá y Púa son mujeres casi desconocidas, nos habla de ellas el Éxodo 1,15-22, son dos parteras egipcias, «paganas» pero no por ello ajenas a la experiencia del Dios de la vida. Estas mujeres hacen de sus manos un lugar que dice **no a la muerte y sí a la vida**. Mujeres valientes que se atreven a desobedecer las órdenes injustas de la máxima autoridad política y religiosa de su pueblo, el Faraón, que les pedía que en vez de ayudar a las mujeres hebreas a parir les mataran a los hijos varones. No tuvieron miedo de quien podría quitarles la vida por posibilitársela a otros. Mujeres paganas que la Biblia nombra como «temerosas de Dios» y por ello capaces de perderle miedo al miedo y pueden decir no a los hombres y sus leyes cuando estas transgreden el derecho a la vida, a la dignidad humana. Mujeres valientes y lúcidas que utilizan su profesión para proteger a las mujeres esclavas sometidas a sus dueños, a emigrantes extranjeras... Mujeres sagaces que supieron buscar «argumentos sutiles» (*«Es que las mujeres hebreas no son como las egipcias: son robustas y dan a luz antes de que lleguen las comadronas» v. 19*) poniendo así su inteligencia al servicio de la vida, sobre todo de los más pobres entre los pobres: mujeres, extranjeras y esclavas.

En definitiva mujeres que se comprometen en contra de los poderes de la muerte y a favor de la vida.

Y *«Dios favoreció a las parteras»*. El pueblo condenado a ser diezmado se multiplicó. Y el Señor bendijo a las parteras con una gran fecundidad en sus vidas.

Ojalá Sifrá y Puá nos muestren cuáles son las principales situaciones de muerte en nuestro entorno (cercano y lejano) a las que tenemos que decir no, situaciones que afectan y amenazan la vida, especialmente de las personas más amenazadas y empobrecidas por situaciones de injusticia y opresión. Y ojalá nos ayuden a descubrir a qué decimos sí cuando decimos no. ¿Qué vida ayudamos a «parir» cuando decimos no a todo tipo de «muerte»? También sería bueno que ellas nos ayudasen a descubrir en nuestro entorno quiénes y qué son los «faraones» de turno (todo agente de poder político-económico-social-religioso que mata, impide, paraliza, menoscaba la vida).

Vamos a dejar que estas mujeres «paganas», testigos del Dios vivo que quiere la vida, nos muestren cómo ser, aquí y ahora, **voz que diga no** a todo aquello que atenta contra la vida, contra toda vida, aunque eso suponga desobedecer a las máximas autoridades políticas, económicas, religiosas y **sí a la vida**, a la calidad humana de la vida de todas las personas, a la vida de todo el universo por muy insignificante que parezca.

También hoy amanecen «Vigías»² que desde muy diversas atalayas y sabiendo utilizar las TIC (Tecnologías de la Información y de la Comunicación) alertan de los innumerables «náufragos del sistema». Vigías lúcidas que no se dejan amedrentar, ni manipular por las informaciones sesgadas, por las mentiras a medias, por la mal llamada información vigilada, y nos hacen llegar otra información alternativa, otras propuestas de acción. Vigías que denuncian, señalan dónde están los náufragos del sistema, los sacan del silenciamiento y del olvido sistemático, desenmascaran las causas de esos naufragios, nos ayudan a reconocer las conexiones cotidianas entre las actitudes, hábitos, acciones de los viajeros de «los superpetroleros» y

² He tomado esta imagen de la parábola del «Superpetrolero» que transcribe y comenta J. Cormenzana en «De cara al tercer milenio», *Cristianismo y Justicia*, 1994, pp. 79-114. También García Roca, J., «Vigías de la noche. Inventario de resistencias», *Sal Terrae*, núm. 1.007 (1997:12), pp. 901-914. Yo misma he desarrollado más esta imagen en «Orar desde las relaciones laborales», *Orar desde las relaciones humanas*, DDB, 2001, pp. 1133-1186.

los naufragos. Finalmente nos muestran que «únicamente el sufrimiento compartido solidariamente faculta para percibir en los “rincones oscuros de nuestro mundo” (B. Brech) las responsabilidades históricas propias de tanto dolor [...] El sufrimiento compartido no se contentará con ser fuente de conocimiento crítico, necesitará convertirse en saber operativo»³.

Haremos creíble nuestra fe en Jesús en la medida en que l@s cristian@s nos vayamos convirtiendo en vigías que avisten naufragos y abran caminos nuevos a la vida.

El Espíritu de vida va soplando en nuestro mundo y dando origen a **Globalizador@s de la solidaridad**. Movimientos cada vez más amplios y universales, redes de solidaridad que hacen crecer la consciencia de la interdependencia y que gritan al mundo entero que «otro mundo es posible», promueven una cultura de la sobriedad solidaria, una nueva conciencia más justa y planetaria, hacen protestas con propuestas, aunque los medios de comunicación, muchas veces manipulados, solo nos muestren la cara subversiva y minoritaria de estos movimientos, que no se definen anti-globalización sino pro «otra globalización» más solidaria⁴.

³ Cormenzana, J., *Ibidem*, 92.

⁴ Es mucha la bibliografía sobre este tema. Apuntamos algunos de los libros que podrían ayudar a profundizar en ello: AA.VV., *¿Mundialización o conquista?*, Sal Terrae, 1999. AA.VV., *Globalización, Seattle y estrategias ciudadanas*. Lom (Ed.), Santiago de Chile 2000. AA.VV., *Atacc. Contra la dictadura de los mercados*, Icaria, 2001. AA.VV., *Cristianismo y globalización. XXII Congreso de Teología*, septiembre 2002, Centro Evangelio y Liberación, 2002. Beck, U., *¿Qué es la globalización?*, Paidós, 1998. Bové, J. -Dufour, F., *El mundo no es una mercancía*, Icaria, 2001. Bourdieu, P., *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, Ed. Anagrama, 1999. «Cristianisme i Justícia», *¿Mundialización o conquista?*, Col. Presencia social núm. 24, Sal Terrae, 1999. Cristianisme i Justícia, «Sobre la globalización» en *Cuadernos de C y J*. núm. 105, extra, 2001. Frassinetti, C., *La globalización vista desde los últimos*, Sal Terrae, 2001. Gómez. Fernandez Durán R.-Etxezarreta, M.-Sáez, M., *Globalización capitalista, luchas y resistencias*, Ed. Virus, 2001. Klein, N., *No Logo*, Paidós, 2001. Lafontaine, O.-Müller, C., *No hay que tener miedo a la globalización*, Biblioteca Nueva, 1998. Mária i Serrano, J. F., «La globalización ah sí... una maravillosa excusa para muchas cosas», *Cuadernos*

Estas y otras muchas realidades, redes, movimientos, están hoy mostrándonos por dónde pasa la opción por la vida y para nosotr@s cristian@s por dónde pasa nuestra credibilidad.

II. EL CAMINO DE LA IGUALDAD.

«LUCHADOR@S NO VIOLENT@S», EL TESTIMONIO DE «UNA COMUNIDAD DE IGUALES»

Las desigualdades abismales de nuestro mundo entre países ricos y pobres, hombres y mujeres, blancos y negros y/o indios y mestizos, son el problema más acuciante de nuestro mundo aunque nos quieran hacer creer que acabar con el terrorismo es la mayor prioridad actual. No, no es así, aunque es este sin duda un grave problema. Pero es en la desigualdad inhumana e insultante, en la prepotencia y en el dominio de unos sobre otros, donde brota la espiral de la violencia, el odio, el enfrentamiento permanente.

Las desigualdades de clase, sexo, raza, sostenidas por el militarismo, neoliberalismo, el sexismo patriarcal y el racismo amenazan el futuro de la humanidad.

De poco sirven las declaraciones de los Derechos Humanos si no tenemos Instituciones Internacionales que puedan obligar a los Estados a cumplirlos. De nada sirven, más que para gastar dinero inútilmente y para pasearse los mandatarios, las Convenciones Internacionales y las Cumbres si con su derecho al veto las naciones más ricas del mundo se burlan de los derechos de los pobres.

de C. y J. núm. 103, 2000. Martín J., *La globalización desde una perspectiva cultural*, *Letra* núm. 58 (1998) p. 16 y ss. Martini, C. M.^a, «Escucha y diálogo para globalizar la solidaridad», *Sal Terrae* núm. 1039 (2000: XI) pp. 829-831. Molmann, J., «Ecumenismo en la época de la globalización», *Selecciones de Teología*, núm. 150 (1999) pp. 120-126. Monereo, M. -Riera, M. (Eds.), *Porto Alegre. Otro mundo es posible*, El viejo Topo, 2000. Monográfico Concilium *La globalización del mal en nuestro mundo*, núm. 283 (noviembre 1999, y *La globalización y sus víctimas*, núm. 293 (noviembre 2001).

El grito por la igualdad resuena en nuestro mundo con contundencia y no será posible otro mundo mientras no desaparezcan las barreras que no nos permiten vivir como seres humanos a todos los habitantes de la tierra.

Hoy son muchos los Nuevos Movimientos Sociales que pueden ser llamados con propiedad «**Luchador@s no violent@s**» defensores de la igualdad. Sí son no-violentos aunque haya muchos interesados en desactivar su poder de convocatoria y de seducción identificándolos con minorías, la mayoría de las veces infiltradas y que no tienen que ver con los movimientos en sí mismos, que buscan hacer protestas con propuestas de modo pacífico y democrático. Luchador@s no violentos que en Seattle, Porto Alegre, Johannesburgo y otros muchos lugares del mundo protestan y proponen caminos nuevos viables, si hubiese voluntad política para llevarlos a cabo. Luchadores que denuncian que la pobreza sigue teniendo cuerpo de mujer, fundamentalmente de color, sola y con hijos a su cargo; que los indígenas siguen olvidados y expoliados de sus tierras y derechos; que tres cuartas partes de la humanidad está empobrecida y excluida del sistema; que ponemos en peligro el equilibrio del ecosistema por nuestro afán de consumir y acaparar, etc.

Hay, sin duda, much@s cristian@s entre las personas que forman esos movimientos sociales, pero si queremos hacer creíble nuestra condición de seguidores del incansable luchador no violento que fue Jesús de Nazaret no nos queda otro camino que hacer de nuestra vida un lugar para la lucha cotidiana por hacer desaparecer las desigualdades que nos rodean.

Pero quizá como podríamos ofrecer un testimonio creíble y muy significativo sería pudiendo presentar a nuestro mundo la verdad de unas «**comunidades de iguales**» donde no existan ni ricos, ni pobres, ni varones, ni mujeres, ni blancos ni de color sino hij@s y herm@s. Esto sí sería ofrecer un modelo alternativo de comunidad a nuestra sociedad.

Jesús denunció con las palabras, pero sobre todo con los hechos, toda discriminación. En un contexto político religioso donde el centro y la primacía estaba

constituida por el judío, varón, cumplidor de la ley, rico y sano... Jesús centró su vida y su mensaje en los que estaban en la periferia de ese centro, los excluidos: pobres, enfermos, mujeres, pecadores, no judíos. Y lo realmente escandaloso y blasfemo, no fue solo cómo actuó sino que exclamó que actuaba así porque así es Dios, un Dios de la inclusividad, de la pluralidad sin jerarquías.

La comunidad que Él formó en torno a sí fue también un símbolo de la verdad de un Reino de inclusión, sin discriminación alguna. En su contexto, donde la mujer no era un sujeto de derechos sino una posesión del padre o del marido, Jesús reunió y eligió discípulos y discípulas. Allí donde los «pecadores» estaban excluidos del Reino y donde los colaboracionistas del poder romano eran odiados, Jesús fue capaz de vincular en su grupo a un recaudador de impuestos y a zelotas, a ricos y pobres, sanos y enfermos... Todos cabían en esa comunidad que Él debió soñar como camino de transformación de una sociedad excluyente, patriarcal, jerarquizada.

La primera comunidad cristiana guardó memoria y trabajó por hacer verdad esta utopía no solo proponiéndola como meta a conseguir: una comunidad donde no había ricos ni pobres pues «lo tenían todo en común» (Hech 2, 44), sino proclamando esta utopía como fórmula bautismal, es decir como compromiso de los que se bautizaban, el de formar una comunidad de iguales donde no haya «judío, ni griego, esclavo ni libre, ni varón ni hembra» (Gal 3, 28).

Las dificultades para hacer esto verdad no dejan de asomar en los Hechos de los Apóstoles y en las Cartas de Pablo, pero lo importante no son los fallos humanos sino la claridad en proclamar y el esfuerzo por vivir un tipo de comunidades que expresasen de modo claro cuál era la manera de ser fiel a la propuesta de Jesús.

Como mujer que soy quiero de un modo especial poner de relieve el papel relevante que tuvo la mujer en esos primeros tiempos. No es fácil reconstruir la historia del papel de las mujeres en las primeras comunidades,

pues muy pronto fueron retiradas de sus puestos por los varones, pero el trabajo constante de la teología feminista desde hace más de 30 años está dando sus frutos⁵.

⁵ Teología feminista es aquella teología elaborada por mujeres y hombres como Teología crítica de la liberación de la mujer en la sociedad y en las Iglesias. Son muchas las publicaciones sobre la Comunidad de Iguales que Jesús quería y los trabajos de investigación acerca del papel de las mujeres en las primeras comunidades cristianas. Para quien esté interesado en profundizar en el tema ofrezco aquí un elenco en lengua española: Aguirre, R., «La mujer en el cristianismo primitivo», en *Nuevo Diccionario de Mariología*, Paulinas, Madrid 1988, pp. 1402-1424. Aguirre, R., «La comunidad de iguales y diferentes que quería Jesús», *Christus* 672 (1994). Alcalá, M., *La mujer y los ministerios en la Iglesia*, Sígueme, Salamanca 1981. Alcalá, M., «Ordenaciones femeninas, sínodos y ecumenismo», *Razón y Fe* 213 (1987:1063) 473-485. Alonso Díaz, J., «Restricciones en algunos textos paulinos de las reivindicaciones de la mujer en la Iglesia», *Estudios Eclesiásticos* 50 (1975) 55-76. Arana-Salas, *Mujeres sacerdotes ¿por qué no?*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1994. Bautista, Esperanza, *La mujer en la Iglesia primitiva*, Verbo Divino, 1993. Bernabe Ubieta C., «La mujer en el evangelio de Juan: la revelación, el discipulado, la misión», *Eph Mar.* 43 (1993:3) 395-418. Bernabé, C., *María Magdalena. Tradiciones en el cristianismo primitivo*, Verbo Divino, 1994. Bernabé, C., *Entre la cocina y la plaza. La mujer en el primitivo cristianismo*, SM, 1997. Borresen, K. «La mujer y el ministerio en una perspectiva histórica y sociológica», *Concilium* 111 (1976). Brutscheck, J., «La intención de Lucas en el relato de Marta y María», *Selecciones de Teología*, 119 (1991) 215-221. Busto Sáiz, J. R., «San Pablo y las mujeres de Corinto. ¿Fue San Pablo antifeminista?» *Sal Terrae* 955 (1993)163-172. Cardenas Pallares, J., «La mujer en San Lucas», *Ribla* 11 (1992),105-112. Carr, A., «A mulher na Igreja», *Círculo de Leitores*, 1994. Carroll, E., «¿Es posible superar el dominio masculino en la Iglesia?», *Concilium* 154 (1980) 55-66. «¿Mujeres en una Iglesia de hombres?» *Concilium* (Monográfico) núm. 154 (1980). «La no ordenación de mujeres y la política de poder», *Concilium* (Monográfico) núm. 281 (1999). Reseña de la tesis doctoral de Ivoni Richter Reimer, «Mujeres en Hechos de los Apóstoles. Una exégesis teológico-femimista». *Ribla* 16 (1993) 105-109. Fernández, D., «La ordenación de las diaconisas», *Proyección* núm. 42 (1995) 111-126. Fernandez, D., «Ministerios de la mujer en el Nuevo Testamento», *Proyección* núm. 42 (1995) 287-302. Foulkes, I., «Jesús y la mujer: estudio de una situación», *Pastoralía* núm. 8, (1982) 16-27. Foulkes, I., «Mujer de Magdala, mujer de comunidad cristiana», *Vida y Pensamiento*, vol. 6 núm. 2 (1986) 58-63. Foulkes, I., «De Galilea a Roma: el camino de las mujeres en el N.T.», *Senderos* núm. 32 (1988). Foulkes, I., «Conflictos en Corinto: las mujeres en una iglesia primitiva», *Ribla* 15, (1993) 107-122. Foulkes, I., «Pablo ¿un militante misógino? (Teoría de género y lectura bíblica)», *Ribla* 20 (1995) 149-164. Foulkes, I., *Temas pastorales en Corinto: comentario exegetico-pastoral a 1 Corintios*, San José Sebila/Dei 1996, 434 pp. Haskins, S., *María Magdalena, mito y metáfora*, Herder, 1996. Lang, Judith, *Ministros de la gracia. Las mujeres en la Iglesia primitiva*, Paulinas, Madrid 1989. Laurentin, R., «Jesús y las mujeres: una revolución ignorada» *Concilium* 154 (1980) 93-103. Leloup, J.-I., *El Evangelio de María. Miriam de*

Hoy es ya saber incuestionable que en las comunidades paulinas hombres y mujeres compartieron el liderazgo. Las cartas paulinas guardan memoria de algunas de ellas: *Junia «apóstol ilustre»* que conoció a Cristo antes que Pablo (Rom. 16,7), durante siglos se le robó la identidad traduciendo su nombre femenino Junia por el masculino Junias, pues no era posible que una mujer recibiera esa dignidad de ser llamada apóstol⁶. *Lidia, la primera*

Magdala, Herder, 1998. Lohfink, G., «Diákonos femeninos en el N.T.», *Selecciones de Teología* núm. 84 (1982) 303-311. Magdonald, M.Y., «Los códigos familiares y el ethos del amor patriarcal», «Origen y función de los códigos familiares», «El código familiar de Colosenses/Efesios y su contexto social» en *Las comunidades paulinas. Estudio socio-histórico de la institucionalización en los escritos paulinos y deuteropaulinos*, Sígueme, Salamanca 1994, pp. 157-180. Navarro, M., «De casa en casa: las mujeres en la iglesia doméstica lucana», *Res Bíblica* 14 (1997), 40 y ss. Pintos, «Hombres y mujeres: hacia una comunidad de iguales» en *Dios creó la mujer. XII Congreso de Teología 1992*. Evangelio y Liberación, Madrid, 137-204. Radford, Ruether, Rosemary, «La mujer y el ministerio en una perspectiva histórica y sociológica», *Concilium* 111 (1976) 41-53. Raming, Ida, «Origen del dominio masculino en la Iglesia», *Concilium* 154 (1980) 7-20. Reily, D. A., *Ministerios femeninos en perspectiva histórica*, San José, Sebila 1995. Reimer R. Y., «Reconstruir historias de mujeres. Reconsideraciones sobre el trabajo y status de Lidia en Hechos 16», *Ribla* 4 (1989) 47-64. Reimer R. Y., «Una esclava profetisa y misioneros cristianos. ¿Experiencia de liberación? Consideraciones sobre Hechos 16,16-18», *Ribla* 12 (1992) 117-134. Reimer, R. Y., «Recordar, transmitir, actuar. Mujeres en los comienzos del cristianismo», *Ribla* 22 (1995) 43-57. Rocha, V., «Dorcas, una discípula urbana: una lectura de género de Hechos 9,36-43», *Pastoralia* XVI, 30 (1995) 34-39. Seibert-Cuadra, U., «La mujer en los evangelios sinópticos», *Ribla* 15 (1993) 87-106. Schüssler, Fiorenza, E., *En memoria de ella*, 1989, DDB, 137-410. Schüssler Fiorenza, E., «La mujer en el primitivo movimiento cristiano», *Concilium* 111 (1976) 9-24. Schüssler Fiorenza, E., «Mujer y ministerio en el cristianismo primitivo», *Selecciones de Teología* 132 (1994) 327-348. Schüssler Fiorenza, E., «Misioneras, apóstoles, colaboradoras: Romanos 16 y la primitiva historia cristiana de las mujeres» en Loades, A., *Teología feminista*, DDB, 1997, 88-106. Schüssler Fiorenza, E., *Disipulado de iguales. Uma ekklesia-Logia. Feminista crítica da libertação*, Vozes, Petrópolis 1995. Tepedino, A. M.^a, *Las discípulas de Jesús*, Narcea, 1990. Torjesen, K., *Cuando las mujeres eran sacerdotes*, El Almendro, 1996. Tunc, S., *También las mujeres seguían a Jesús*, Sal Terrae, 1999. Sobre la ordenación de la mujer en la Iglesia: www.womenpriests.org/sp (más de 1.500 documentos en inglés y español relacionados con la ordenación de la mujer).

⁶ De una manera sencilla y coloquial me acerco a alguna de estas mujeres en *Religión y Escuela* desde hace unos años. A estas publicaciones hago alusión en las citas siguientes. Martínez Ocaña, E., «Junia, apóstol ilustre», *Religión y Escuela*, núm. 162-163 (octubre, 2002) 42.

cristiana europea, fundadora y animadora de la comunidad doméstica de Filipos (Hech 16,12-15;16, 40). Eso significaba que ejercía el diaconado de la mesa y de la palabra en igualdad de condiciones con los varones⁷. *Febe, la diácono y patrona de la Iglesia de Cencreas y de Pablo* (Rom. 16,1-2)⁸. *Prisca y Aquila, una importante pareja misionera y fundadora de comunidades en la Iglesia primitiva*⁹. Fueron muchas las mujeres misioneras que han quedado en el anonimato; Pablo en el capítulo 16 de la Carta a los Romanos saluda a *25 personas, y 10 son mujeres*. Son solo la punta del iceberg de la multitud que contribuyó a la expansión del Evangelio, solas o en pareja¹⁰. También ejercieron y fueron reconocidas con uno de los carismas más apreciados en las comunidades primitivas como *el carisma de la profecía* como *las cuatro profetas hijas de Felipe* cuyos nombres han sido borrados de la Historia. (Hech. 21, 9)¹¹.

Hoy está suficientemente acreditada la presencia de las mujeres en puestos de responsabilidad en las primeras comunidades anteriores al siglo III; datos confirmados no solo por los escasos pero significativos textos del Nuevo Testamento sino por el estudio de los epitafios de tumbas, por las pinturas en la catacumbas, por los mosaicos romanos como el que se encuentra bajo el arco triunfal de la capilla de Santa Zenonia en la basílica de Santa Práxedes en Roma donde se representa los rostros de María, de dos santas, Prudencia

⁷ Ídem, «Lidia, la primera cristiana de Europa», *Religión y Escuela*, núm. 155 (diciembre, 2001) 42 y «Lidia "fundadora" de la comunidad doméstica de Filipos», núm. 156 (enero, 2002) 42 y núm. 157 (febrero, 2002) 42. Richter, Reimer, I., «Reconstruir historias de mujeres. Consideraciones acerca del trabajo y status de Lidia en Hechos 16» *Ribla*, núm. 14 (1989, 47-64).

⁸ Martínez Ocaña E., «Febe la diácono de la Iglesia de Céncreas», *Religión y Escuela*, núm. 159 (abril, 2002).

⁹ Ídem, *Religión y Escuela*, núm. 164 (noviembre, 2002) 42 y núm. 165 (diciembre 2002) 42.

¹⁰ Ídem «Nosotras las misioneras desconocidas», *Religión y Escuela* núm. 161 (junio-julio 2002) 42.

¹¹ Ídem «Cuatro mujeres en la Iglesia de Cesarea», *Religión y Escuela* núm. 167 (febrero, 2003) 42 y núm. 168.

y Práxedes y una cuarta mujer a la izquierda junto a la cual aparece una inscripción: «Theodora Epíscopa». La inscripción dice claramente que Teodora era «epíscopa», es decir, la obispo de esa Iglesia. Lo sorprendente no es solo ese dato sino que la «a» final de Theodora ha sido parcialmente borrada raspando las teselas del mosaico, por lo que se puede comprobar que se intentó eliminar la terminación femenina quizá desde muy pronto¹². ¿Cómo no denunciar hoy esta infidelidad institucional al proyecto de Jesús? Nuestra Iglesia no es una comunidad de iguales. Por el solo hecho de nacer mujeres estamos *excluidas de todos los lugares de decisión*, aunque las decisiones nos conciernan de lleno, excluidas de recibir el sacramento del orden; excluidas de la representación cristiana de la imagen de Dios, a Quien sí se le puede nombrar, por supuesto con nombres masculinos (Padre, Pastor, Señor, Maestro, Amigo...) con imágenes de la naturaleza (sol, viento, roca) por animales (águila, león) pero no se puede representar a Dios por imágenes femeninas (amiga, madre, maestra, abuela) porque esa osadía suena a «idolatría». ¿Por qué?

Las mujeres somos en las iglesias mayoría abrumadora, pero eso sí, como mano de obra barata, ocupando los puestos de «servicio» invisible, ¡tan evangélico por cierto! pero donde pocos varones están, como consumidoras pasivas y «pacientes» en unas liturgias que continuamente nos silencian, como si Dios solo tuviera «hijos» y Jesús «hermanos». A ellos, los varones, les toca mandar; a nosotras, las mujeres, obedecer; a ellos predicar en las iglesias, a nosotras una vez más escuchar y callar; ellos presiden las Eucaristías; nosotras como mucho somos lectoras y pasamos el cestillo. Nuestra teología ha sido elaborada durante 20 siglos por varones, en su mayoría célibes, desde hace solo unos 30 años las mujeres hemos accedido, con muchas dificultades, al quehacer teológico, pero, con poquísimas excepciones, ellos apenas nos leen y casi nunca nos citan. En las facultades de

¹² Para más información y para ver la reproducción del mosaico Torjesen, Karen, J., *Cuando las mujeres eran sacerdotes. El liderazgo de las mujeres en la Iglesia primitiva y el escándalo de su subordinación con el auge del cristianismo*. Ed. El Almendro, 1996.

teología los Decanos, Rectores Magníficos (que no significa que sean magníficos rectores) son ellos y el etcétera sería larguísimo.

No, aún no somos una comunidad de iguales. No solo hay en la Iglesia discriminación sexual sino que tampoco hay igualdad de clase, ni mucho menos centralidad de los pobres. No son los pobres los protagonistas de la Iglesia, no son el centro de nuestras reuniones. Son objeto de «atención pastoral» y preocupación en el mejor de los casos. Las dificultades que las Teologías de la Liberación han tenido con las instancias vaticanas dan cumplida cuenta de qué pasa cuando unos teólogos hacen de los pobres el lugar hermenéutico de su teología. No se canoniza fácilmente a los mártires por la defensa de los pobres y de la justicia como Óscar Romero y los jesuitas asesinados en el Salvador y sí a otros mártires.

Pero el Espíritu de Jesús que sigue alentando nuestra Iglesia y nuestro mundo nos indica cada vez más cuál es el camino a seguir. La sensibilidad contemporánea ante toda exclusión, el surgir de movimientos que luchan contra toda discriminación nos muestra que el **camino de la igualdad** es un reto al que no podemos cerrar los ojos. Pero no sólo para hacer creíble la fe en Jesús sino para hacernos humanos.

III. EL CAMINO DE LA EXPERIENCIA.

«MÍSTIC@S» Y «MISTAGOG@S»

Cansad@s de palabras, conceptos, dogmas, catecismos... hoy buscamos experiencias. Como decía hace ya cinco siglos Ignacio de Loyola «no el mucho saber harta y satisface el ánimo, sino *el sentir y gustar internamente*» E. E.[2].

Hace ya más de 20 años, tuve la suerte de participar en algunos de los cursos de meditación que ofreció aquí en España Anthony de Mello y aún recuerdo la fuerza que él ponía en este aspecto de la experiencia. En su primer

libro, en lengua española *El canto del pájaro*¹³, recogió muchos de los cuentos que entonces narraba con una enorme maestría. Uno de ellos es el siguiente:

«La fórmula»

*El místico regresó del desierto.
«Cuéntanos» le dijeron con avidez,
«¿cómo es Dios?».*

*Pero ¿cómo podría él expresar con palabras
lo que había experimentado en lo más
profundo de su corazón? ¿Acaso se puede
expresar la Verdad con palabras?*

*Al fin les confió una fórmula –inexacta,
eso sí, e insuficiente–, en la esperanza
de que alguno de ellos pudiera, a través de ella,
sentir la tentación de **experimentar por sí mismo**
lo que él había experimentado.*

*Ellos aprendieron la fórmula y la convirtieron
en un texto sagrado. Y se la impusieron
a todos como si se tratara de un dogma.
Incluso se tomaron el esfuerzo de
difundirla en países extranjeros. Y algunos
llegaron a dar su vida por ella.*

*Y el místico quedó triste. Tal vez habría
sido mejor que no hubiera dicho nada.¹⁴*

¹³ Mello, Anthony de, *El canto del pájaro*, Sal Terrae, Santander 1982

¹⁴ *Ibidem* 47. La negrita es mía.

Hoy, más que nunca, se percibe de muchas maneras el hastío de las fórmulas, *el hambre de experiencia personal «del misterio»*. Del propio misterio del ser humano y del Misterio que llamamos Dios. Los hombres y mujeres de nuestro tiempo cansad@s, incluso extenuad@s por la prisa y el ruido, la pura exterioridad fenoménica, por el dominio de la racionalidad científico-técnica, buscan «otra cosa». No siempre saben nombrar lo que les pasa, pero la pura vaciedad, y la palabrería les aburre y produce no solo hartura, sino náuseas, depresión, ansiedad, sinsentido...

El deseo de *experimentar por sí mismos* el misterio de sus personas y el Otro Misterio que les trasciende, le llamen como le llamen, es hoy una realidad, minoritaria aún pero creciente.

La fuerza del resurgir de «lo religioso», lo que hoy llaman los expertos «Los Nuevos Movimientos Religiosos», da buena cuenta de ello.

También, y unido a ello, el aturdimiento de una sociedad llena de ruidos muy diversos, ante la prisa, el estrés por hacer, correr¹⁵, llegar, triunfar... el Espíritu alienta hoy una reacción de *búsqueda del silencio, de la interioridad, de la pausa*¹⁶... Cada vez más mujeres y hombres buscan, buscamos, el silencio como lugar para la lucidez y el crecer de la libertad, como lugar para madurar las palabras, para equilibrar nuestras vidas, como lugar del encuentro con nuestro yo profundo, con la verdad del otro, con el misterio de Dios.

¹⁵ Es expresivo el artículo de Tornos, A., «Un mundo apresurado. Correr detrás, correr delante del tiempo» en *Cuando hoy vivimos la fe. Teología para tiempos difíciles*, San Pablo, Madrid 1995, pp. 15-23.

¹⁶ Un dato significativo de esta corriente es la rapidez con que, en una colección especializada en Psicología como es la Colección Serendipity, se han vendido libros como Borús, E., *Aprendiendo a vivir. Manual contra el aburrimiento y la prisa*. Desclee de Brouwer, Bilbao 1996, 3.ª 1996. Masía Clavel, J., *Aprender de Oriente: lo cotidiano, lo lento, y lo callado*. Desclee de Brouwer, Bilbao 1998; que entre los considerados *14 Aprendizajes Vitales* uno de ellos sea García Rubio, A., «Aprender a cultivar la interioridad», Desclee de Brouwer, Bilbao 1997 y que en una colección educativa especializada en La Reforma en unos cuantos meses se haya agotado el libro de Casanova, O., *Ética del silencio*, Anaya, Madrid 1998.

Este deseo de silencio, es un dato incuestionable y, desde mi experiencia, siento injusta la crítica que oigo muchas veces, de que esta búsqueda de silencio es una huida de la realidad. En algunos casos lo es y en otros muchos no. Por el contrario, justamente este silencio es la condición de posibilidad de una vida vivida con hondura, consciencia y honradez con lo real. Es lo que favorece poder volver a la vida con más energía para comprometerse mejor con ella.

Yo más bien, desde mi experiencia de acompañamiento psicológico y espiritual, puedo llegar a leer con una cierta esperanza, la crisis de las grandes religiones y la proliferación de ofertas de salvación, como búsqueda de sentido personal y como necesidad de vivir de experiencias, más que de verdades y dogmas en los que hay que creer por autoridad.

Por tanto quiero interpretar esta realidad emergente como presencia del Espíritu que denuncia la deshumanización a la que lleva el actual «desorden» establecido, la insuficiencia del bienestar económico y el consumo como dador de sentido de la vida y promotor de *una nueva búsqueda de felicidad*. Esta se expresa: tanto en el *encuentro del individuo consigo mismo*, (buscando su autenticidad y libertad y que se manifiesta en una creciente atención y esfuerzo por conseguir una suficiente autonomía y autoestima –que no debe confundirse con el egocentrismo y el narcisismo–) *como en la búsqueda del encuentro interpersonal*, con otra calidad de presencia y vinculación afectiva; en la necesidad de un *nuevo encuentro con la naturaleza*, la tierra, el cosmos que haga sentir y gustar la interconexión y vinculación con ella y por último, también como deseo de trascenderse y *encontrarse al fin con Dios*.

Alienta igualmente un Espíritu que impulsa a la experiencia mística y al interés por los grandes místicos de las diversas religiones. Esto está provocando un resurgir de la mística «sin credo y sin Iglesias»¹⁷, que

¹⁷ Rondet, M. recoge también en su artículo esta afirmación de la última Congregación General de los jesuitas «La vida espiritual de los seres humanos no ha muerto: simplemente se desarrolla fuera de la Iglesia», *op. cit.*, p. 200.

evidentemente desde nuestra fe cristiana eclesial, debe ser discernido, pero no rechazado. No es desde el rechazo y la descalificación desde donde podemos encaminar el encuentro con nuestra cultura sino desde la acogida, como buena noticia, de ese deseo de volver a la mística y en diálogo con ello, avanzar aprendiendo juntos para madurar esa experiencia. Se trata de tender **puentes** con nuestro mundo, allí donde puedan ser tendidos, y no de dinamitarlos desde nuestra prepotencia de que nosotros tenemos *la* verdad.

¿No estará esta realidad hablándonos de que un camino para hacer más creíble nuestra fe es vivir más de la experiencia del misterio de Dios que de palabras sobre Él? ¿No estará el Espíritu gritándonos que sobre todo hoy necesitamos ser **místic@s** y «**mistagog@s**»?

Una y otra vez repetimos la célebre frase de Rahner: «El cristiano del siglo **xxi** será un *místico*, es decir, alguien que ha experimentado algo, o no será cristiano», y cada vez somos más quienes vemos que así es y así será más en el futuro.

El cristianismo sociológico, al menos en España, está tocando a su fin¹⁸. A lo mejor no es tan grande la tragedia de que así sea.

Esta consciencia es creciente dentro de nuestra Iglesia. El interés por la mística se manifiesta de muchas maneras, una mística que no solo recupera la experiencia del «encuentro» con el Misterio, en lo más profundo del ser, sino que se va perfilando como el deseo de buscar también una «mística de ojos abiertos»¹⁹, una «mística de la misericordia»²⁰ y la solidaridad²¹.

¹⁸ Entre otros estudios sociológicos, el espléndido y poco conocido estudio elaborado por Tornos, A. y Aparicio, R., *¿Quién es creyente en España hoy?*, PPC, 1995.

¹⁹ Mollá, D., «Hacia una mística de ojos abiertos. Propuestas para el fin del milenio», en *De cara al tercer milenio*, Sal Terrae, 1994, pp. 149-170.

²⁰ Este ha sido el título de la conferencia de J. I. González Faus en el foro del Instituto Fe y Secularidad en torno a Repensar la mística, 25-27 de septiembre de 1998 cfr. Schlüter Rodés, A. M.^a y González Faus, J. I., *Mística oriental y mística cristiana*, Sal Terrae, Santander 1998, pp. 42-55.

Al hablar del camino de la experiencia me estoy refiriendo también a la búsqueda de la personalización y el despertar de la consciencia²² como camino de crecimiento y madurez personal y social, como proceso para recuperar la salud psicológica y el cultivo de la espiritualidad²³. Tony de Mello, uno de los maestros espirituales de nuestro tiempo, dice que la «espiritualidad es la consciencia», el darse cuenta de la realidad. «Despertar es la espiritualidad, porque solo despiertos podemos entrar en la verdad y descubrir qué lazos nos impiden la libertad. *Esto es la iluminación*»²⁴.

Sin duda, la búsqueda del despertar de la consciencia es otra de las características de nuestro tiempo que tenemos que saludar con esperanza, porque la consciencia es la lucidez de la experiencia. Es la capacidad para ver la verdad de la realidad sin ser manipulado por las fuerzas de dentro²⁵ o de fuera²⁶ que intentan tapar y/o ocultar gran parte de ella. Y es ahí, en el corazón de lo real, donde los místicos se encuentran de verdad con el misterio

²¹ La experiencia de la comunidad de Taizé, que después de 40 años de vida sigue convocando a miles de jóvenes y no tan jóvenes bajo el ideal expresado por Roger Schutz en su famoso libro *Lucha y contemplación* da razón de esta búsqueda de síntesis.

²² Ser conscientes es la palabra clave en la salud personal y social. El eje de la terapia gestáltica es el «awareness» el darse cuenta en el aquí y en el ahora. Pers, F., *El enfoque gestáltico. Testimonios de terapia*. Cuatro vientos, Santiago de Chile, 1976. *Sueños y existencias*. Cuatro vientos, Santiago de Chile, 1974, 61. García-Monge, J. A., «El focusing de Gendlin como estructura técnica del darse cuenta gestáltico». *Revista de Psiquiatría y Psicología Humanista*, núm. 5, (nov. 1986).

²³ Hart, T., *El manantial escondido. La dimensión espiritual de la terapia*, Desclée de Brouwer, 1987. May, G., *Sencillamente cuerdo. La espiritualidad de la salud mental*, Desclée de Brouwer, 1988.

²⁴ Mello, A., *Autoliberación interior*, Ed. Lumen, Buenos Aires, p. 7.

²⁵ García-Monge, J. A., *Treinta Palabras para la Madurez*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1997, pp. 17-25.

²⁶ La consciencia es la perspectiva psicológica que expresaría una de las características centrales de una espiritualidad necesaria para nuestro mundo «Una espiritualidad honrada y fiel con lo real» Cfr. J. Sobrino, «Espiritualidad y seguimiento de Jesús» en *Misterium Liberationis*, II, pp. 449-458, y Sobrino, J., «La honradez con lo real» *Sal Terrae*, núm. 946 (1992:5), pp. 376-388.

del Dios en el que «vivimos, nos movemos y existimos» (Hech 17, 28). Es ahí, en el corazón de la vida y sobre todo de la vida amenazada, donde el Dios-Madre gime con dolores de parto «Como parturienta grito, resollo y jadeo entrecortadamente» (Is 42,14).

Este camino de la experiencia del misterio de Dios es un reto importante para nuestra fe.

Pero no solo necesitamos ser **místic@s** sino aprender a ser también **mistagog@s**²⁷. Hoy hay mucha gente que no quiere, no queremos, no solo teóricos de la espiritualidad sino personas que sepan ayudar a otros a introducirse en el umbral de la experiencia de Dios y ahí dejen a cada persona «sentir y gustar» por ella misma. Pueden hacerlo porque ellos han andado ya el camino antes. Nuestra fe se hará más creíble cuando cada una de las personas creyentes en Jesús podamos ser Mistagogos» del camino interior, del silencio y la meditación profunda, que ayudemos a hacer de la travesía de la vida un lugar de profundidad y trascendencia, de intimidad y responsabilidad ante la realidad.

IV. EL CAMINO DEL CUERPO.

«TESTIGOS», «SANADOR@S», «DEGUSTADOR@S»

El camino de la experiencia, en nosotr@s, seres corporales, se verifica cuando la Palabra acogida, sentida y gustada se hace cuerpo,²⁸ carne de nuestra carne. Si la Palabra no se hace cuerpo, se ha quedado en un buen deseo, o un buen pensamiento.

²⁷ Entre otros much@s autor@s, Rondel, M. en su artículo «Espiritualidades fuera de las fronteras» hace una llamada a las Iglesias a ofrecer caminos para hacer «mistagogías» que conduzcan a experimentar, más que doctrinas para creer. *Selecciones de Teología*. núm. 143 (1997) pp. 197-202.

²⁸ Para ampliar este apartado cfr. Martínez Ocaña, E., «Cuando la Palabra se hace cuerpo» en *Religión y Escuela* núm. 107-109 (1996) y núm. 110-116 (1997).

Para poder explicarme mejor doy la palabra a la poesía, es este el lenguaje que mejor expresa las experiencias profundas, aquellas para las que la palabra queda corta y parece traicionar la verdad vivida.

León Felipe nos dice:

«Había un hombre que tenía una doctrina. Una doctrina que llevaba en el pecho (junto al pecho, no dentro del pecho), una doctrina escrita que guardaba en el bolsillo interno del chaleco.

La doctrina creció, y tuvo que meterla en un arca de cedro, en un arca como la del Viejo Testamento.

Y el arca creció. Y tuvo que llevarla a una casa muy grande.

Entonces nació el templo.

Y el templo creció. Y se comió el arca de cedro, al hombre y a la doctrina escrita que guardaba en el bolsillo interno del chaleco.

*Luego vino otro hombre que dijo: el que tenga una doctrina que se la coma, antes de que se la coma el templo, que la vierta, que la disuelva en su sangre, **que la haga carne de su cuerpo** y que su cuerpo sea bolsillo arca y templo.*

Esta parábola nació apoyándome en el versículo XXI del Capítulo II del Evangelio de San Juan, donde dice: «Mas Él hablaba del templo de su cuerpo²⁹».

Esta es otra de las constantes del emerger de la nueva espiritualidad, sobre todo en la reflexión y experiencia de las mujeres, *vivir la espiritualidad en, con y desde el cuerpo que somos.*

Romper dualismos que nos han hecho tanto daño al identificar espiritual con inmaterial, y al calificar lo espiritual-inmaterial como bueno y lo corporal-carnal-material como malo. Ese dualismo está saltando por los aires

²⁹ León Felipe, *Antología rota*, Akal, 1990, pp. 165-166. La negrita es mía.

hoy, con el peligro por otro lado de que, por la ley del péndulo, el cuerpo y lo material se transformen en lugares idolátricos que, como acontece siempre con los ídolos, producen muerte.

Una espiritualidad corporal supone no solo no hacer del cuerpo un obstáculo para la oración sino *el lugar donde acontece* la oración.

Son muchos los talleres de oración y experiencias de Ejercicios Espirituales que vengo orientando en estos últimos 15 años utilizando diversas técnicas (relajación, consciencia sensorial o vipásana, respiración consciente, etc.) para favorecer el silencio, imprescindible para poder escuchar una Palabra que nos trasciende y caminar hacia la unificación de nuestras personas (mente-corazón-cuerpo-psique-espíritu). A través del testimonio de las personas participantes confirmo una y otra vez que por aquí hay un camino válido, para muchas mujeres y hombres, de encuentro profundo con ell@s mism@s, con los otros, con el Dios de Jesús y su proyecto del Reino **desde su ser entero**.

Además verifico una y otra vez que las experiencias que se viven en el cuerpo dejan una huella que no se borra, el cuerpo –para bien y para mal– siempre guarda memoria³⁰.

Quiero desde aquí agradecer a quienes han sido mis maestros en ese camino de oración: Tony de Mello, Laureano Cuesta y José Antonio García-Monge, dos de ellos ya fallecidos, pioneros hace más de 20 años en estos caminos de unificación de toda la persona a partir del cuerpo que somos, no que tenemos³¹.

³⁰ Estévez, E., «Nuestra piel está viva de señales» en *Iglesia Viva*, núm. 193 (1998) p. 129 y ss.

³¹ Aprovecho esta ocasión para recomendar el libro en el que José Antonio García-Monge recoge una larga experiencia en este camino, en él encontramos no solo una fundamentación teórica sino también unas ricas orientaciones prácticas para hacer de la palabra experiencia. García-Monge, J. A., *Unificación personal y experiencia cristiana. Vivir y orar con la sabiduría del corazón*, Sal Terrae, 2001.

Pero una espiritualidad corporal es algo más que integrar el cuerpo en la experiencia de oración, es hacer de nuestro cuerpo el lugar operativo y verificador de nuestra fe. La fe hasta que no pasa por el cuerpo no es fe, solo es un buen deseo, un buen pensamiento, o una hermosa palabra.

Mientras no hagamos *visible y operativo nuestro amor a través de nuestro cuerpo*, no haremos posible al ser humano cabal y a la creación entera y por tanto *no haremos creíble al Dios de la encarnación* que profesamos con nuestras palabras.

Necesitamos, cada vez con más fuerza, romper dicotomías y dejar que el Amor en el que creemos y del que tenemos experiencia, pase por nuestro cuerpo y se exprese a través de él.

Nuestro tiempo busca mujeres y hombres «**testigos**» que a través de su cuerpo griten cotidianamente que Dios es Amor.

Esto supone al menos:

Ojos que «han visto a Dios» y no solo han quedado prendados de su hermosura, sino que también han aprendido de Él a «ver» el dolor del pueblo, a «fijarse» en cómo lo tiranizan, convirtiéndolo en esclavo (Ex 3,7-9); ojos que ven la creación como obra de sus manos y la ven «muy buena» (Gn 1, 31); ojos que como los de Jesús lloran por el dolor de su gente (Jn 11, 35; Lc 19, 41), que miran y devuelven la dignidad (Mc 12, 41-44) y la esperanza (Lc 19, 4-5), perdonan (Jn 2, 9-11) y aman (Mc 10, 21).

Oídos que han escuchado su propio nombre como bendición, que han escuchado Una Voz que les dice: «Tu eres mi hij@ amad@ en quien Dios se complace» (Mc 1, 11) porque eres hij@, no porque seas buen@ y esa experiencia l@s devuelve a la vida transformad@s; oídos que se hacen discípulos de la vida y saben aprender de l@s herman@s del camino, oídos que no se cierran a los gritos de dolor del mundo y del cosmos y al mismo tiempo

saben escuchar la brisa suave que les anuncia la presencia del misterio de Dios en la vida cotidiana.

Boca que sabe hablar y callar a su tiempo, que sabe bendecir y cierra sus labios a la maldición; que denuncia y anuncia la Buena Noticia de Jesús; que canta el canto de la vida sencilla y une su canto al del pueblo; que grita de dolor y de placer; que besa y hace del beso el sacramento del amor; que ríe y relativiza sanamente con sentido del humor, para no tomarnos excesivamente en serio a nosotr@s mism@s y no dramatizar la vida.

Manos parteras de la vida que ayudan a dar a luz a todo aliento de vida, allí donde emerge y que saben esperar el lento dilatarse del útero –entre dolores de parto– de tanta vida nueva como quiere brotar, si sabemos alentarla y no abortarla; manos que amasan en la cotidianeidad el pan de la sonoridad; que se unen a otras manos para tejer el manto de la solidaridad; que dan, comparten, no acaparan para sí; que saben pedir conscientes de su propia pobreza; manos que saben acariciar con ternura y pasión; que aguantan, sostienen, levantan al caído, curan heridas, las ungen con el ungüento de la entrañable ternura; manos al fin que pasan por la vida, sencillamente, «echando una mano» a quien lo necesite.

Pies peregrinos y buscadores con otr@s, sin grandes seguridades, pero con las certezas que guardan en el corazón; pies «próximos» ante quienes hoy están tirados en el camino (continentes enteros) apaleados, saqueados, mal heridos; pies que saben descalzarse ante el misterio del otro; pies que danzan la fiesta de la vida y las conquistas en el camino de la liberación sobre todo de los pobres de este mundo; pies que, como los de María, la madre de Jesús, y las otras mujeres: María Magdalena, María la de Cleofás, Marta y su hermana... se hacen seguidores de Jesús hasta el final y que cuando los tiempos son difíciles, en vez de huir, permanecen de pie junto a los crucificad@s de este mundo.

Entrañas que se dejan fecundar por el amor; que se creen capaces de dar a luz vida nueva, aunque ya sean viejas y les hayan hecho creer que son estériles; entrañas capaces de aguantar los propios dolores de parto con esperanza, ensanchando las fronteras del propio útero para que el otro, l@s otr@s puedan nacer y ser ell@s mism@s, libres y autónomos; entrañas de misericordia, de ternura siempre renovada; entrañas que se estremecen de dolor y de gozo porque son incapaces de permanecer insensibles.

Sexo que se vive sin dejarse atrapar por los estereotipos de género que empequeñecen al hombre y a la mujer y les impide ser personas enteras; que no hace de las diferencias sexuales lugar para la exclusión y marginación sino lugar de encuentro enriquecedor en la diferencia; sexo que se hace relación corporal amorosa y placentera, lugar del amor que se entrega y se recibe, éxtasis de sí para trascenderse en el abrazo y descubrir en el encuentro la Fuente de su amor, lugar de placer humanizador y compartido.

Piel que se hace lugar de contacto de encuentros vinculantes, constructores de identidad y reconocimiento sin fusiones indiferenciadoras, ni dependencias destructivas; piel que ha renunciado al «despelleje» continuo de los otros; que ha renunciado al «ojo por ojo»; piel que sabe poner límites al despilfarro, al consumismo, a la violencia como modo de solucionar los conflictos, piel que aprende a respirar el «aire de Jesús» hasta que su Espíritu se revele en nosotr@s a «flor de piel»; piel que rompe los estrechos moldes de su identidad corporal para abrirse a toda la humanidad como a su propio cuerpo, porque ha experimentado que cuando se cierra a su hermano se cierra a su propia carne. Piel, al fin, que descubre sus verdaderas dimensiones, que no se agota en los límites de nuestro pequeño cuerpo sino que se extiende a toda la humanidad y a toda la creación como «Cuerpo de Dios»³².

³² «El mundo como Cuerpo de Dios» es la bella metáfora que utiliza McFague, S. en *Modelos de Dios. Teología para una era ecológica y nuclear*, Sal Terrae, 1994, pp. 126-137.

Cuando todo esto acontezca, entonces nuestro cuerpo será testigo, es decir transparencia de un Amor que nos ha alcanzado y nos va poco a poco transformando a su imagen y semejanza.

El camino del cuerpo como lugar de la experiencia de Dios nos invita a vivir nuestra fe con un talante determinado, a hacer de ella una **experiencia de curación**.

Curación **de nuestros cuerpos** maltratados tantas veces y de tantas maneras, violados, violentados, vendidos, comprados, prostituidos (tanto se prostituye el que compra el cuerpo como el que lo ofrece, a veces como único camino de subsistencia propia y de su familia); cuerpos traficados, hechos mercancía barata, fruto del engaño y la extorsión, explotados en trabajos inhumanos; cuerpos mutilados por las bombas; cuerpos aterrorizados por la represión y la tortura; cuerpos secuestrados de tantas maneras, hambrientos, desnutridos, enfermos por no tener la atención sanitaria a la que tienen derecho; cuerpos expuestos impudicamente por la pornografía creciente; cuerpos encarcelados muchas veces porque son pobres y no pueden pagar a un buen abogado o a un fiscal o a un juez; cuerpos hambrientos de caricias y contactos sanadores, verdaderos porque lo que dice el cuerpo con sus gestos lo siente el corazón...

¡Tantas heridas en nuestros cuerpos, en nuestras personas! Realmente necesitamos hoy con urgencia **sanador@s**, mujeres y hombres que hagan del grito de Dios (expresado por Isaías) «Consolad, consolad a mi pueblo» el lugar de su experiencia espiritual.

Curar el cuerpo de los otros y también el propio. Esto significa no tratarlo como una máquina que se lleva a reparar cuando se ha averiado, que se le explota en sus recursos energéticos hasta que está extenuado en nombre de «causas sublimes», pero que esconden muchas veces carencias y necesidades no resueltas, ni nombradas.

Curar nuestros cuerpos –al menos en nuestro contexto occidental cuando están cubiertas las necesidades básicas y no tenemos que defendernos de las múltiples agresiones–, supone también no gastar mucho dinero en objetos puramente estéticos y de consumo, sino saber equilibrar trabajo y descanso. Este equilibrio requiere un yo que se regala espacios de sosiego, de calma; que sabe respirar en paz y relajarse; escuchar a tiempo los avisos que el propio cuerpo nos da de que algo no funciona bien, para intentar atenderlo. Es decir, reconciliarnos con nuestro cuerpo y sus necesidades, no queriendo vivir como ángeles incorpóreos que no somos y relacionándonos con nuestro cuerpo como lo que es, la presencialización de nuestro yo, la única manera de ser que tenemos mientras estemos en el útero del mundo, ¡después!... no sabemos muy bien como será lo que seremos en la «Otra Dimensión», no sabemos cómo será nuestro ser en Dios. Ahora somos un cuerpo que tiene derecho a ser tratado como amigo y no como a enemigo o «instrumento» de trabajo.

Pero no es solo eso, el/la sanad@r es el que mira la realidad desde la perspectiva de la salud física, psíquica y espiritual. Porque su mirada está atenta y lúcida a ese dato de la realidad, *descubre* enseguida dónde se atenta contra ella de alguna manera y su primera tarea es *denunciarlo*, buscar los caminos a los que tenga acceso para desenmascarar el daño de propuestas, realidades y justificaciones engañosas que intentan vendernos mentiras.

Como el samaritano de la parábola de Jesús, **el/la sanad@r** no solo no pasa de largo y se hace próximo, crea proximidad con su manera de mirar la realidad, sino que se acerca a las personas doloridas, saqueadas por los bandidos de turno, (tod@s nosotr@s somos, de alguna manera, por acción u omisión, ladrones que robamos a los pobres lo que es suyo) y bajando de su cabalgadura, toca, unge, limpia, carga con ellas y, si es necesario, las conduce a donde puedan hacerlo mejor que él.

¡Qué necesidad tiene nuestra sociedad de hombres y mujeres sanador@s!
Nos han educado más para ser jueces que sanadores, para criticar más que

para comprender, para juzgar más que para acoger incondicionalmente los cuerpos heridos en cualquiera de sus dimensiones.

Quizá hemos dejado de mirar a Jesús que si algo pone de relieve la crítica histórica es que fue un taumaturgo sanador. Volver a mirarlo con mirada asombrada y descubrir qué significa en estos momentos de nuestro mundo: expulsar demonios...¡tantos! (violencias, hambres, guerras, clasismos, sexismos, racismos, terrorismos...), qué significa hoy poner en pie a las mujeres encorvadas, qué significa liberar de parálisis, de sorderas, de ceguerras... (propias y ajenas).

¿Por qué hemos olvidado tan pronto que una de las características del discipulado, recogido por todas las tradiciones, es el de «expulsar demonios»? (Mc 3,13-16; par) que como dicen en mi tierra en relación a las «meigas», «creer no creo pero haberlas haylas».

El texto de Lucas hace una afirmación sobre Jesús que yo siento que necesitamos recuperar, releer hoy y aplicarlo a nuestras vidas: «*toda la gente trataba de tocarlo, porque salía de él una fuerza que curaba*» (Lc 6,19)³³. Si nuestra experiencia espiritual fuera cada vez más en esta dirección, qué distinto sería nuestro mundo, *establecer contactos sanadores*, «tocar» los cuerpos, los psiquismos, tocar «el alma» y sanar en vez de «apalear», ¡lo hacemos de tantas maneras!

Sanador@s, del cuerpo y del espíritu, que como pequeños «espacios ecológicos» provocan a quien está a su lado la sensación de poder respirar mejor.

Se nos olvida que cuando en los Evangelios se nos habla solemnemente del Juicio Final (Mt 25), fundamentalmente se nos va a preguntar por nuestro amor operativo que pasa por el cuerpo y lo sana, que toca «el alma» y la cura en sus soledades y aflicciones; es decir: el amor que se hace pan y agua

³³ Cfr. un sugerente artículo de Estévez, E., «Y todos los que lo tocaban quedaban sanados. El cuerpo como espacio de gracia», *Sal Terrae* 85 (1997) pp. 323-333.

que sacia el hambre y la sed; vestido que cubre las desnudeces varias, compañía en el dolor de la soledad, de la enfermedad..., liberación de las prisiones diversas en las que caemos, acogida en las exclusiones de raza, sexo, clase... Es decir se nos va a preguntar si hemos pasado por la vida como Sanador@s o no, ahí descubriremos si hemos ganado o perdido nuestra vida. ¡Nada más, ni nada menos!

Ser hoy «sanador@s», he aquí otro camino para hacer más creíble nuestra fe. También hoy nuestros contemporáneos necesitan encontrar hombres y mujeres creyentes «**degustador@s**» del «buen vino» y del «pan tierno» del placer del encuentro, del sabroso gozo de ser y de ayudar a ser, del buen sabor de boca que dejan las luchas por conquistas comunitarias de liberación, de satisfacción por necesidades básicas cubiertas. Necesitamos luchador@s festiv@s, danzador@s de la vida, a pesar de todo. En esto ¡cuánto me han enseñado los pueblos latinoamericanos con su indomable capacidad de fiesta y de danza aún en medio de luchar contra el dolor y la muerte injusta y prematura!

La búsqueda de felicidad es el motor más potente del ser humano, ya lo decía Epicuro hace muchos siglos. No es casual que Jesús haya vinculado el Sermón del Monte a una propuesta de felicidad.

Los seres humanos siempre hemos buscado la felicidad, pero ahora lo sabemos, lo nombramos, la proponemos de muchísimas maneras, intentamos enseñarla y aprenderla³⁴, nos la venden (sabe muy bien la publicidad dónde está «la chispa de la vida») y a veces caemos en la tentación de creer que la podemos comprar.

³⁴ Basta con acercarnos a cualquier librería, de una manera especial a la sección de psicología y autoayuda para comprobar la cantidad de libros en los que de una u otra manera intentan enseñarnos a ser feliz en 15 días más o menos y nos descubren los secretos de la felicidad. En la bibliografía adjunta recojo algunos de los títulos más vendidos.

Cuando hablo de «degustador@s» hablo de la sabiduría y el arte de saber vincular gusto-placer-experiencia espiritual.

La historia de la espiritualidad cristiana no es un buen ejemplo de las buenas relaciones entre estas dos realidades. Incluso, con razón se ha hablado de la «alergia cristiana al placer»³⁵, en un mundo hedonista en grado sumo, el camino no es situarnos en las antípodas, ni estar de vuelta sin haber ido, sino establecer puentes desde nuestra fe con la cultura dominante y sus valores por muy ambiguos que estos nos parezcan.

Sin una profunda revisión de la antropología dualista presente aún, de formas más o menos sutiles, en la formulación y sobre todo en la vivencia introyectada de la espiritualidad cristiana, difícilmente podremos hoy entrar en diálogo con una cultura que acusa, y con razón³⁶, a la tradición milenaria de la Iglesia de una cierta glorificación del sufrimiento como camino de salvación y un reiterado rechazo y/o condena del placer como obstáculo y desviación de esa salvación que anuncia³⁷. La cultura actual

³⁵ Vidal, M., «Placer y cristianismo: raíces históricas de un conflicto actual» en *El discernimiento ético. Hacia una estimativa moral cristiana*, Cristiandad, 1980. No es este el lugar para hacer memoria de la etiología de este fenómeno.

³⁶ Miguel Rubio hace un excelente y bien documentado estudio sobre este binomio «placer-ascesis» hoy y, al referirse al papel de la ascética cristiana, dice lo siguiente: «Desde muy antiguo, la ascética cristiana está reñida con el placer. Condicionada por una antropología que respiraba una animadversión frontal contra la corporalidad y traslucía un miedo tabuístico hacia el alucinante mundo de la sexualidad, desplegó toda una estrategia de estigmatización del placer: un cierto culto tributado al dolor (más allá de su obligada y realista aceptación como acompañante inexorable de la existencia); un enfoque negativo y hasta demonizado desde el campo de la moral, de los aspectos gozosos de la sexualidad; una superposición de esferas (alma cuerpo) en que la subordinación del cuerpo se traducía en su denigración como obstáculo para superiores aspiraciones del espíritu». M. Rubio, «Placer y ascesis en la experiencia humano-cristiana actual» *Sal Terrae* 80(1992), pp. 617-642.

³⁷ Son varios los autores que han tratado de analizar el hecho y la etiología de este fenómeno en sí mismo ajeno al Evangelio. Cfr. entre otros F. Varone, *El dios «sádico». ¿Ama Dios el sufrimiento?*, Santander 1987. M. Vidal estudia en varios artículos el conflicto milenario entre placer, sexualidad y cristianismo proponiendo pasar de la «alergia cristiana al placer...

«rechaza el ascetismo de signo dualista, refuta la idea de la mortificación absolutizada como un bien religioso, rehúsa la constelación de representaciones y prácticas de tipo sacral y dualista que reviste en gran medida la ascética tradicional y que no tiene tampoco cobertura en el Evangelio»³⁸.

Es necesario volver a recuperar la dimensión gozosa y festiva de la existencia, aun en medio del compromiso, la lucha y el dolor por desterrar el sufrimiento y la injusticia. Volver los ojos al Evangelio y comprender de un modo nuevo qué significan las escenas de boda, fiesta, disfrute de la amistad y de la naturaleza del hombre Jesús de Nazaret; qué significan la abundancia de peces, pan, vino, niños abrazados por Él, mujeres que derraman perfumes valiosos sobre sus pies y los enjugan con su cabello...

La visión cristiana del placer ha de fundarse en los supuestos primordiales de la fe bíblica, superando todo planteamiento dualista-maniqueísta que enfrente al cuerpo (placer, lo natural, sexo) y al espíritu (mortificación corporal, lo sobrenatural, la castidad) como dos principios que polarizan el bien y el mal en los hombres³⁹.

El diálogo con nuestro mundo en torno al «amor –eros y ágape– como sentido último de la existencia» supone recuperar el placer como un valor positivo del ethos humano y cristiano, que entre otras consecuencias, dilata el corazón⁴⁰.

a la reconciliación integradora». «Placer y cristianismo. Raíces históricas de un conflicto actual» en *El discernimiento ético. Hacia una estimativa moral cristiana*, 1980, pp. 51-68. «Sexualidad y cristianismo: Del conflicto a la reconciliación» en *Concilium*, 109 (1975) pp. 374-378.

³⁸ M. Rubio, *Ibídem*, p. 634.

³⁹ M. Rubio, *Ibídem*, p. 625.

⁴⁰ Así lo reconocía ya Santo Tomás «El afecto humano, por decirlo de alguna manera se dilata con el placer, ofreciéndose de algún modo a contener interiormente el objeto de goce... quien goza, abraza la cosa de la que goza, adhiriéndose fuertemente a ella, pero dilata el corazón para gozar de ella perfectamente» Tomás de Aquino, I-II, q. 31, a. 3. Citado por M.^a C. Jacobelli, *Risus Paschalis. El fundamento teológico del placer sexual*, 1991, nota 21, p. 108.

Supone devolverle al placer su autonomía⁴¹ y consistencia en interdependencia con los demás aspectos pluridimensionales de la existencia cristiana; reconocerlo como derecho inalienable de realización personal en relación a sí mismo, al mundo y a los demás. Todo ser humano, por el hecho de serlo «necesita cultivar sin temor y sin más ataduras que las impuestas por la realidad, sus fuentes de placer»⁴². «Por el placer el ser humano celebra la vida en el templo de su corporalidad e inunda su espíritu con el rito de la fiesta»⁴³. «El placer es la vivencia gozosa del impulso vital, del encuentro con el mundo y de la relación con los semejantes. El placer es la epifanía y la fiesta de la vitalidad»⁴⁴.

Todo ello dentro de una comprensión humanizadora del placer, no solo en la dimensión individual sino en su proyección social y sin hacer del placer un fin sino una mediación, también transparencia del gozo de Dios.⁴⁵

⁴¹ La comprensión de la tradición cristiana y su consiguiente valoración se apoya en un axioma fundamental: el placer no es una realidad autónoma, sino parasitaria. El placer no existe por él mismo, y por eso no puede ser buscado por él mismo. La antropología actual no confirma estas afirmaciones y es ya aceptado por la teología moral renovada que el «placer no es una realidad parasitaria, sino autónoma. Tiene consistencia por sí mismo y consiguientemente autonomía con respecto a la acción y a los contenidos objetivos. Esta autonomía no significa independencia de las restantes dimensiones de la existencia humana, pero sí la liberación de su pretendida dimensión parasitaria» M. Vidal, «Placer y cristianismo...» *Ibíd.*, pp. 58-59. También M. Rubio, *Ibíd.*, p. 64.

⁴² L. Larraneta, «El olvido del placer en la moral cristiana», *Ciencia Tomista* 108 (1981), p. 453.

⁴³ M. Rubio, *Ibíd.*, p. 642.

⁴⁴ M. Vidal, *Moral de actitudes*, I, *Moral fundamental*, 1981, p. 453.

⁴⁵ «Hablando con propiedad el placer es una pasión en cuanto que se produce acompañado de una transmutación fisiológica. Y en este sentido no es apetito intelectual, sino simplemente movimiento; y en ese sentido también lo experimentan Dios y los ángeles. Por eso el Filósofo afirma que Dios goza en una sola y sencilla operación» Tomás de Aquino, I-II, q. 31, a. 4. Citado por M.^a C. Jacobelli, *Ibíd.*, p. 131.

Recuperar en la espiritualidad cristiana esta dimensión «perdida», peor aún culpabilizada, requiere una **pedagogía lenta, una reeducación.**⁴⁶

Supone también una educación para afrontar los propios miedos y desasosiegos, como instintos de muerte que hay que «ordenar» para aprender a afrontar la libertad de saber gozar, y disfrutar del placer como transparencia y anticipo del gozo de Dios, como camino de humanización creciente personal y social. La psicología nos dice hoy que «saber gozar es una capacidad del hombre que ha alcanzado la madurez del propio yo y que es capaz de vivir el placer sin transformarse en su esclavo y sin complejos de culpa»⁴⁷. Esta lectura positiva del placer estaba ya presente en Santo Tomás:

«...el hábito virtuoso que inclina a amar, a desear el bien que se ama y a gozar de él, es idéntico»⁴⁸.

«(de los placeres) unos son corpóreos, otros del alma; cosa que en sustancia es la misma»⁴⁹ «y el bien sensible es el bien de todo el conjunto humano».

Conlleva verificar en el cuerpo la posibilidad del hombre nuevo que se vive «espiritual» no porque reprime su realidad corporal⁵⁰ sino porque la hace

⁴⁶ «Un quehacer ascético moral... cristiano... cuya función, con relación a la experiencia del placer, no consiste en despertar sentimientos de culpa ante aquello que suscita en el hombre pulsiones hedonistas, sino en liberarle de cualquier sobrecarga deshumanizadora, incluido del excesivo complejo de culpa». M. Rubio, *Ibíd.*, p. 642.

⁴⁷ Cfr. J. Bergeret, «La notion du plaisir», en *LV*, 14 (sept.- oct.) 1973, p. 19. Citado por M.^a C. Jacobelli, nota 46, p. 127.

⁴⁸ I-II, q. 28, a. 4. Citado por M.^a C. Jacobelli, p. 127.

⁴⁹ I-II, q. 31, a. 3. Citado por M.^a C. Jacobelli, *Ibíd.*, nota 47, p. 127.

⁵⁰ Para una relectura del cuerpo como lugar de verificación del ser espiritual, y una lúcida clarificación de las consecuencias nefastas que ha tenido en la teología espiritual la identificación «espiritual» = a «inmaterial», recomendamos la ponencia de J. A. García

transparencia del amor, la ternura, el juego, la fiesta de la Vida. Se sabe fiel al Espíritu no solo porque carga su cruz y sigue a Jesús sino porque también se toma en serio el reproche. «Os hemos tocado la flauta y no habéis bailado» (Lc, 7, 32), entendiendo que también llama para compartir la alegría del pan, del buen vino, «la alegría del cuerpo y las bodas; que nos llama para bailar con nosotros la danza de Dios»⁵¹.

Esta recuperación de la que hablamos no supone pactar con una cultura «neohedonista» cuya actitud ante el placer es la de «conseguirlo y consumirlo, no la de acogerlo y convertirlo en fuente de crecimiento y de vida... El placer fin-en-sí-mismo termina por borrar todos los deseos y apagar el gusto por la vida»⁵², y transformarlo en ídolo de muerte.

No supone tampoco un rechazo de «la ascesis» como necesario camino de crecimiento humano y cristiano sino que supone una nueva orientación de esta con un nuevo campo específico: el del amor, la solidaridad, la lucha por la justicia y los derechos humanos, el cuidado y respeto del ecosistema, la resistencia activa y pasiva ante el inevitable dolor de la vida. Amor como pulsión de vida y no de muerte, aunque ello pueda suponer paradójicamente –dada la situación de muerte que hemos generado– dar la propia vida, sabiendo que no se pierde, sino que se «gana» vida para sí y para otros.

Estos son algunos de los caminos, puentes, imágenes que, creo yo pueden hacer más creíble que Jesús sigue siendo Camino, Verdad y Vida también para nuestro tiempo.

Monge, «Los Ejercicios corporalmente espirituales» del último congreso sobre Psicología y Ejercicios Ignacianos en Salamanca, 12-16 septiembre 1989, *Ibidem*, I. pp. 294-309.

⁵¹ M.^a C. Jacobelli, *Ibidem*, p. 150.

⁵² M.^a C. Jacobelli, *Ibidem*, p. 146.